MAGIA Y ALQUIMIA EN "CIEN AÑOS DE SOLEDAD": LOS ILUSIONISTAS DEL DERECHO

ABRAHAM SILES VALLEJOS
Miembro del Programa
Laboral DESCO

"Cien años de soledad", esa magistral novela que relata la historia completa de un pueblo, Macondo, y de una familia, los Buendía, desde su fundación y establecimiento junto a un río de aguas diáfanas hasta su exterminio y desaparición final arrasados por un vendaval apocalíptico, y donde toda clase de prodigios y maravillas son cotidianos y comunes, cuenta con numerosos personajes que provocan nuestra emoción y cariño, nuestra adhesión íntima: José Arcadio Buendía, el patriarca y fundador, con sus proyectos delirantes y sus desmedidas ansias de conocimiento; Ursula Iguarán, su menuda y activa mujer, con su sentido práctico y realista, y su esfuerzo incesante por preservar la estirpe; el legendario coronel Aureliano Buendía, promotor de 32 levantamientos armados, todos perdidos, dedicado a la platería durante su vejez de artesano; la silenciosa y abnegada Santa Sofía de la Piedad, madre de Remedios, la bella; y muchos otros personajes a quienes reconocemos siempre en todo momento, en el esplendor o en la miseria, en la pequeñez o en la grandeza, dotados de alma y densidad humana, de verdadero aliento vital.

De toda esa muchedumbre variada surge, sin embargo, nítido y puro, singular e inolvidable, un hombre extraño que viste un chaleco anacrónico y lleva un sombrero de alas de cuervo. En los primeros años de Macondo recorre el pueblo anunciando los nuevos inventos y, tiempo más tarde, le es concedido regresar al mundo de los vivos desde las vastas praderas de la muerte, donde no pudo soportar la soledad. A ese hombre sabio y taciturno, rodeado de un halo de misterio, que cura con un bebedizo la peste de insomnio y del olvido que aflige a los macondinos, alguna vez se le oyó decir: "He muerto de fiebre en los médanos de Singapur".

Es, desde luego, Melquiades, el gitano que inicia a diversas generaciones de Buendía en conocimientos secretos y que escribe en sánscrito, su lengua materna, los pergaminos cifrados que contienen toda la historia relatada por la novela (1). Su importancia es enorme, pues todo o casi todo en "Cien años de soledad" es magia y alquimia (2), y Melquiades encarna como nadie lo mejor de estas disciplinas maravillosas, de la última de las cuales el propio García Márquez ha dicho en un reportaje de ocasión, después de visitar la hermosa calle de Los Alquimistas, en Praga, que constituye "la poesía de la ciencia" (3).

Melquiades ejerce una influencia decisiva sobre José Arcadio Buendía, "cuya desaforada imaginación iba siempre más lejos que el ingenio de la naturaleza, y aún más allá del milagro y la magia" (4). A partir de su amistad con el gitano, el patriarca

(1) Michael Palencia Roth ha indicado que "Melquiades es un iniciador. A través de él los Buendía se enteran de los misterios de la magia, de la ciencia, de la alquimia y del sanscrito. Como todo iniciador en los misterios del mundo, Melquiades también conoce íntimamente a la muerte". Cf. Palencia Roth, Michael: *"Gabriel García Márquez: la línea, el círculo y las metamorfosis del mito"*. Editorial Gredos, Madrid, 1983, p.127.

(2) Como dice Suzanne Jillo Levine, comparando la obra de García Márquez con "El siglo de las luces", de Alejo Carpentier, "el símbolo del tiempo, su emblema en *Cien años de soledad*, no es una pintura sino un libro, un libro mágico, escrito por el gitano Melquíades". Cf. levine, Suzanne Jill. " 'Lo real maravilloso': de Carpentier a García Márquez", en *Eco* (Bogotá) 20/6, núm. 120 (abril de 1970), p. 574-575. Por su parte, Mario Vargas Llosa ha hecho notar que el mundo de "Cien años de soledad" es "un mundo esencialmente carente de libertad y de espontaneidad, donde todo está decidido desde siempre y para siempre, en función de ciertas pulsiones inevitables; es decir, un mundo 'mágico', 'anti-histórico' ". Cf. Vargas Llosa, Mario: *"García Márquez: Historia de un decidio"*, Barral Editores, segunda edición, Barcelona, España, diciembre, 1971, p. 599. La importancia de lo mágico en la novela está recalcada también por rasgos formales: "La repetición es un procedimiento 'encantorio' (. . .). La repetición está asociada a la idea de rito religioso, de iniciación, de ceremonia mágica". Cf. Vargas Llosa, Mario, op. cit., p. 605.

(3) García Márquez, Gabriel: *"De viaje por los países socialistas: 90 días en la cortina de Hierro"*, Ediciones Macondo, cuarta edición, mayo de 1980, Cali, Colombia, p. 71.

(4) García Márquez, Gabriel: *"Cien años de soledad"*, Editorial La Oveja Negra Ltda., Colombia, 1982. De aquí en adelante citaremos siempre esta edición indicando el número de página al lado del texto tomado de la novela (en algunos casos se trata de transcripciones literales; en otros, de paráfrasis con muy ligeras modificaciones).

juvenil se entrega a una serie de investigaciones y experimentos que tienen por objeto el aprovechamiento práctico de las verdades científicas o la improbable solución de arduos problemas cosmográficos o metafísicos: así, por ejemplo, la utilización de la lupa para la guerra solar, la suposición de la redondez de la tierra y el daguerrotipo para demostrar la existencia o inexistencia de Dios. Y es que los gitanos de la tribu de Melquiades, a diferencia de los saltimbanquis y malabaristas que llevaron el hielo, eran "heraldos del progreso" y no simples "mercachifles de diversiones" (p.35).

De cualquier modo, la transmutación de metales comunes en oro, y la búsqueda del elixir de la vida eterna, esos dos hermosos símbolos de la alquimia de todos los tiempos, constituyen operaciones de nobleza indudable encaminadas finalmente al mejoramiento de la condición humana, a la elevación y disfrute de condiciones de vida cada vez más benignas y favorables al hombre.

Hay en "Cien años de soledad", sin embargo, otro tipo, muy distinto, de magos y de alquimistas, a los cuales queremos referirnos ahora como objeto central de nuestro comentario: los abogados.

Son diversos los pasajes de la novela en que aparecen los abogados, pero siempre hay de por medio un conflicto de poder —sea éste político o económico— y siempre son retratados con tintes sombríos, como procuraremos mostrar a continuación (5).

A este respecto, dos son los episodios centrales: el primero, relacionado con la guerra violenta que libran los rebeldes del partido liberal contra las tropas del gobierno conservador; el segundo, en conexión con la respuesta y el tratamiento que reciben los reclamos de los trabajadores de la compañía bananera.

La guerra se halla estancada. El Coronel Aureliano Buendía siente que sus huestes pierden el tiempo y avanzan en sentido contrario al de la realidad, mientras los dirigentes de su partido, a quienes llama "cabrones", mendigan un asiento en el Congreso (p.134). De allí que:

"En noches de vigilia, tendido bocarriba en la hamaca que colgaba en el mismo cuarto en que estuvo condenado a muerte, evocaba la imagen de los abogados vestidos de negro que abandonaban el Palacio Presidencial en el hielo de la madrugada con el cuello de los abrigos levantado hasta las orejas, frotándose las manos, cuchicheando, refugiándose en los cafetines lúgubres del amanecer, para especular sobre lo que quiso decir el Presidente cuando dijo que sí, o lo que quiso decir cuando dijo que no, y para suponer inclusive lo que el Presidente estaba pensando cuando dijo una cosa enteramente distinta" (p. 134–135).

(5) Probablemente intervienen para ello no sólo razones históricas (el rol que tradicionalmente han jugado los abogados en nuestras sociedades), sino también razones personales. Recuérdese que García Márquez estudió Derecho, lo que, sin duda, le permitió conocer de cerca la mentalidad y el comportamiento habituales de nuestros hombres de leyes: "Terminado el bachillerato me matriculé en la Universidad Nacional para estudiar Derecho, e hice los cinco años, pero no me gradué nunca porque me aburre a morir esa carrera. . .". Citado en Vargas Llosa, Mario: op. cit., p. 32.

La alusión a la muerte, los vestidos negros, el frío de la capital lejana, los cafetines lúgubres, dan el marco a esta escena donde los abogados, en una atmósfera de intriga, cuchichean y especulan, hasta el punto de suponer la falsedad de las palabras del Presidente y distorsionar lo que éste objetivamente dijo (que, no obstante, no parece relevante, desde que no se menciona).

Más adelante, una comisión de su partido llega a discutir la encrucijada de la guerra con el Coronel Aureliano Buendía. Se trata de seis abogados de levita y chistera que soportan con duro estoícismo el bravo sol de noviembre, y que Ursula hospeda en la casa. Pasan el día en conciliábulos herméticos y, por la noche, con una escolta y un conjunto de acordeones, toman por su cuenta la tienda de Catarino (p. 165–166).

El Coronel Aureliano Buendía, rodeado por sus asesores políticos, escucha a los emisarios:

"Pedían, en primer término, renunciar a la revisión de los títulos de propiedad de la tierra para recuperar el apoyo de los terratenientes liberales. Pedían, en segundo término, renunciar a la lucha contra la influencia clerical para obtener el respaldo del pueblo católico. Pedían, por último, renunciar a las aspiraciones de igualdad de derechos entre los hijos naturales y los legítimos para preservar la integridad de los hogares" (p.166).

Cuando el Coronel objeta que, de aceptarse estas propuestas, sólo estarían luchando por el poder, uno de los delegados replica que se trata de "reformas tácticas". Empero, el contrasentido es claramente expresado por uno de los "doctores" que asesoran políticamente al coronel: "Si estas reformas son buenas, quiere decir que es bueno el régimen conservador" (p. 166-167).

Desilusionado, el coronel firma los pliegos de los emisarios y, poco después, inicia la guerra para conquistar la derrota: "Nunca fue mejor guerrero que entonces. La certidumbre de que por fin peleaba por su propia liberación, y no por ideales abstractos, por consignas que los políticos podían voltear al derecho y al revés según las circunstancias, le infundió un entusiasmo enardecido" (6).

Los abogados que integran la comisión del partido se caracterizan, como acabamos de ver, no sólo por su atuendo inapropiado para el calor tropical de Macondo, sino además por sus conciliábulos herméticos, sus noches libertinas y sus propuestas políticas inconsecuentes y cínicas.

Son, sin embargo, ellos mismos quienes reaparecen cuando el gobierno ordena el jubileo del coronel Aureliano Buendía para celebrar un nuevo aniversario del tratado de Neerlandia:

> "Volvieron, mucho más viejos y mucho más solemnes, los abogados de trajes oscuros que en otro tiempo revolotearon como cuervos en torno al coronel. Cuando éste los vio aparecer, como en otro tiempo llegaban a empantanar la guerra, no pudo soportar el cinismo de sus panegíricos. Les ordenó que lo dejaran en paz, insistió que él no era un prócer de la nación como ellos decían, sino un artesano sin recuerdos, cuyo único sueño era morirse de cansancio en el olvido y la miseria de sus pescaditos de oro" (p. 210-211).

Es de notar que, ahora que vuelven, entre los rasgos más saltantes de los abogados se hallan: el aumento de su vejez y de su solemnidad, y, nuevamente, la oscuridad de sus trajes y su cinismo.

Pero dónde más claramente se aprecia el papel negativo que desempeñan los abogados en el mundo que "Cien años de soledad" aprehende y representa (7), es en los pasajes que narran la instalación de la compañía bananera y el desarrollo de sus actividades económicas en Macondo. Como no podía ser de otra manera:

> "En el vagón especial llegaron también, revoloteando en tor-

(6) Entre abogacía y política existe, pues, una relación muy estrecha, como puede apreciarse de las citas que hacemos en estas páginas. Por lo demás, este mismo vínculo aparece de la manera más acusada en uno de los mejores cuentos de García Márquez, "Los funerales de la Mamá Grande". En este relato, el presidente de la república decide asisitir al sepelio de la Mamá Grande, "soberana absoluta del reino de Macondo", quien acaba de fallecer en su recóndito "distrito de calor y malaria". Pero "la estructura jurídica del país no está preparada" para el acontecimiento. Hay una gran conmoción en las más altas esferas del poder. En el congreso, cuyo vasto hemiciclo "se halla enrarecido por un siglo de legislación abstracta", "sabios doctores de la ley, probados alquimistas del derecho" buscan la fórmula que faculte el viaje del presidente a "la más espléndida ocasión funeraria que registren los anales de la historia" (que contó, por cierto, con la presencia insigne del Sumo Pontífice). En consecuencia, es necesario realizar urgentes enmiendas constitucionales.

La "asamblea de jurisconsultos asépticos" es interrumpida por "alguien dotado de sentido de la realidad" que recuerda a todos que el cadáver de la "Gran Vieja" se pudre insepulto. Pero "nadie se inmuta frente a lairrupción del sentido común en la atmósfera pura de la ley escrita".

A causa de sus "febriles controversias" los parlamentarios pierden la voz y "continúan entendiéndose por medio de signos convencionales". Finalmente, el "blablabá histórico" culmina con el hallazgo de una solución simple: "se declara turbado el orden público" y el presidente dispone de las "facultades extraordinarias" que le permiten asistir a las exequias. Cf. García Márquez, Grabriel: *"Los funerales de la Mamá Grande"*, Plaza y Janes S.A. Editores, quinta edición, febrero, 1978, Barcelona, España, p. 119-140.

En este cuento es por demás evidente la relación e inclusive la identidad entre abogados y políticos. Ello, al margen de la inanidad de sus actividades parlamentarias, descritas de una manera tan risueña como demoledora.

(7) Mario Vargas Llosa en su excelente estudio sobre la obra de García Márquez ha dicho que "la historia de Macondo" condesa la historia humana. Los estadios por los que atraviesa corresponden, en sus grandes lineamientos, a los de cualquier sociedad, *y en sus detalles, a los de cualquier sociedad subdesarrollada; aunque más específicamente a las latinoamericanas"*. Cf. Vargas Llosa, Mario: op. cit., p. 498 (subrayado nuestro).

no al señor Brown, los solemnes abogados vestidos de negro que en otra época siguieron por todas partes al coronel Aureliano Buendía, y esto hizo pensar a la gente que los agrónomos, hidrólogos, topógrafos y agrimensores, así como Mr. Herbert con sus globos cautivos y sus mariposas de colores, y el señor Brown con su mausoleo rodante y sus feroces perros alemanes, tenían algo que ver con la guerra" (p. 222-223).

El conflicto social estalla en Macondo cuando los trabajadores se organizan sindicalmente para la defensa de sus derechos. Dirigidos por el hasta entonces "descolorido José Arcadio Segundo", a quien "muy pronto se señaló como agente de una conspiración internacional contra el orden público", se realiza, con éxito, una huelga para obtener el descanso dominical (p. 289).

Poco después, se vive nuevamente un estado de agitación pública. Los dirigentes sindicales abandonan la clandestinidad y promueven manifestaciones en los pueblos de la zona bananera:

> "La inconformidad de los trabajadores se fundaba esta vez en la insalubridad de las viviendas, el engaño de los servicios médicos y la iniquidad de las condiciones de trabajo. Afirmaban, además, que no se les pagaba con dinero efectivo, sino con vales que sólo servían para comprar jamón de Virginia en los comisariatos de la compañía" (p. 291-292).

Es este el célebre pasaje de las píldoras del color del piedralipe, con que se pretende curar indistintamente el paludismo, la blenorragia o el estreñimiento, píldoras que los niños se llevan a sus casas para señalar con ellas los números cantados en el juego de la lotería; es, asimismo, el pasaje de los excusados portátiles que, cada Navidad, en vez de construir letrinas, entregan los ingenieros para cada 50 personas (p. 292).

La actuación de los abogados llega ahora a extremos inconcebibles. Ya no se trata aquí de su intervención más o menos directa en la política, sino de sus tradicionales servicios de asesoría privada:

> "Los decrépitos abogados vestidos de negro que en otro tiempo asediaron al coronel Aureliano Buendía, y que entonces eran apoderados de la compañía bananera, desvirtuaban estos cargos con arbitrarios que parecían cosa de magia. Cuando los trabajadores redactaron un pliego de peticiones unánime, pasó mucho tiempo sin que pudieran notificar oficialmente a la compañía bananera" (p. 292) (8).

En seguida, vemos a nuestros sorprendentes personajes valiéndose de sus argucias y malabarismos ante la administración de justicia. Los "luctuosos abogados" demuestran en el juzgado que un representante de la compañía sorprendido en un burdel y obligado a firmar una copia del pliego de peticiones, es un usurpador, y lo hacen encarcelar. Luego demuestran que el señor Jack Brown, a quien se le hace firmar otra copia del pliego, no es Jack Brown, sino un inofensivo vendedor de plantas medicinales, llamado Dagoberto Fonseca; y, ante una nueva tentativa de los trabajadores, exhiben públicamente su certificado de defunción en Norte América (p. 292-293). La apoteosis llega cuando:

> "Cansados de aquel delirio hermenéutico, los trabajadores repudiaron a las autoridades de Macondo y subieron con sus quejas a los tribunales supremos. Fue allí donde los ilusionistas del derecho demostraron que las reclamaciones carecían de toda validez, simplemente porque la compañía bananera no tenía, ni había tenido nunca ni tendría jamás trabajadores a su servicio, sino que los reclutaba ocasionalmente y con carácter temporal. De modo que se desbarató la patraña del jamón de Virginia, las píldoras milagrosas y los excusados pascuales, y se estableció por fallo de tribunal y se proclamó en bandos solemnes la inexistencia de los trabajadores" (p. 293) (9).

(8) En la obra de García Márquez hay por lo menos dos casos de abogados que ejercen su profesión defendiendo los derechos de clientes sin poder económico: dos abogados de pobres. El primero es un "negro monumental sin nada más que los dos colmillos en la mandíbula superior", que gestiona ante la administración pública una pensión de veterano de guerra para el coronel que no tenía quien le escriba (y que "durante cincuenta y seis años no había hecho nada distinto de esperar"). El coronel lo encuentra "tendido a la bartola en una hamaca" la tarde en que acude a su casa con la firme determinación de cambiar de apoderado legal. El coronel comenta: "La ley de jubilaciones ha sido una pensión vitalicia para los abogados"; pero el abogado protesta: "Para mí no. Hasta el último centavo se ha gastado en diligencias". Cf. García Márquez, Gabriel. *"El coronel no tiene quien le escriba"*, *Editorial* Bruguera S.A., junio, 1980, Barcelona, España, en especial p. 54-64.

El segundo es el defensor de los gemelos Vicario, quienes asesinaron a Santiago Nasar por un asunto de honor (Angela Vicario, hermana de los gemelos, fue repudiada por su esposo la misma noche de bodas, al descubrir que no era virgen. Santiago Nasar fue señalado por Angela como "su autor"). "El abogado sustentó la tesis del homicidio en legítima defensa del honor, que fue admitida por el tribunal de conciencia", pero los gemelos estuvieron en el Panóptico de Riohacha "tres años en espera del juicio porque no tenían con que pagar la fianza para la libertad condicional". Cf. García Márquez, Gabriel: "Crónica de una muerte anunciada", Editorial La Oveja Negra Ltda., primera edición, abril, 1981, Bogotá, Colombia, p. 131, 66 y 67.

(9) En otras novelas de García Márquez la imagen de la administración de justicia es, asimismo, desoladora. En Crónica de una muerte anunciada", el juez instructor llega al pueblo del crimen 12 días después de cometido éste (Cf. García Márquez, Gabriel: *"Crónica de una muerte anunciada"*, op. cit., p. 128). Pese a que la autopsia "carecía de valor legal" (p. 98), el informe "parecía correcto, y el instructor lo incorporó al sumario como una pieza útil" (p. 98). Ya mencionamos que los hermanos Vicario pasaron tres años encarcelados en espera del juicio (p. 67) y que el tribunal de conciencia los absuelve en base a la dudosa tesis del homicidio en legítima defensa del honor (p. 66). Cuando el narrador de la novela

Sin duda, los reclamos de los trabajadores son justos. Ello resulta todavía más evidente por el tono humorísitico que emplea aquí el gran novelista colombiano. No obstante, los *decrépitos y luctuosos* abogados neutralizan los argumentos *con arbitrios que parecen cosa de magia. Los ilusionistas del derecho* demuestran lo imposible, y así lo proclama el tribunal supremo: la inexistencia de los trabajadores.

Se trata, pues, de una alquimia al revés. No el avance de la ciencia y el conocimiento de la realidad para transformarla en algo amable y superior, no la aplicación práctica del saber para evitar dolor y sufrimiento a los pueblos, para mejorar y prolongar la vida, no la piedra filosofal ni la panacea de la felicidad eterna de todos los hombres. Sí, en cambio, la decrepitud y la muerte, la solemnidad y el formalismo vacíos al servicio inescrupuloso de los poderosos, cualesquiera que estos fueren, políticos arribistas y corruptos, o compañías extranjeras que acumulan ganancias a costa de sus trabajadores y de las naciones donde se instalan, y que cuentan con el respaldo del Estado local, que les brinda, de un lado, la fuerza bruta de sus tropas regulares (el ejército masacra a cerca de 3,000 personas reunidas en una plaza pública de Macondo durante la 'huelga grande') y, del otro, indebida legitimación a través de su aparato institucional, dentro del cual se halla, ciertamente, el Poder Judicial.

Empero, como el propio García Márquez sostuvo en una fecha memorable, "frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida" (10).

Estamos ante dos acciones distintas, ambas de magia y alquimia (11), pero con recursos y consecuencias opuestas. Entre el abogado que se vale de trucos de prestidigitador para burlar derechos legítimos y el gitano sabio y amante de la humanidad, cuyos inventos y trabajos están destinados a afirmar la vida, (aunque la suerte final de Macondo sea irremisiblemente la extinción), preferimos, obviamente, a este último: el luminoso Melquíades, tal como lo vio el pequeño Aureliano cuando aún no tenía cinco años, y tal como había de recordarlo por el resto de su vida, con "un sombrero grande y negro, como las alas extendidas de un cuervo, y un chaleco de terciopelo patinado por el verdín de los siglos", "sentado contra la claridad metálica y reverberante de la ventana, alumbrando con su profunda voz de órgano los territorios más oscuros de la imaginación, mientras chorreaba por sus sienes la grasa derretida por el calor" (p. 11 y 12).

Porque, en definitiva, el objetivo único y múltiple, en la realidad como en la fantasía, en los hechos prácticos como en la literatura y el arte, no puede ser otro que la creación de:

"Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra" (12).

busca el sumario del crimen en el Palacio de Justicia de Riohacha, se da con que "no existía clasificación alguna en los archivos, y más de un siglo de expedientes estaban amontonados en el suelo del decrépito edificio colonial" (p. 129). El desastre es mayor porque "la planta baja se inundaba con el mar de leva, y los volúmenes descosidos flotaban en las oficinas desiertas. Yo mismo exploré muchas veces con las aguas hasta los tobillos aquel estanque de causas perdidas, y sólo una casualidad me permitió rescatar al cabo de cinco años de búsqueda unos 322 pliegos salteados de los más de 500 que debió de tener el sumario" (p. 129).

En "La mala hora", a la incuria de la justicia se añade la complicidad con el alcalde, representante político arbitrario y venal: "Once meses después de haber tomado posesión del cargo, el juez Arcadio se instaló por primera vez en su escritorio" (Cf. García Márquez, Gabriel: *"La mala hora"*, Editorial La Oveja Negra Ltda., diciembre, 1982, Bogotá, Colombia, p. 27). El juez Arcadio aconseja al alcalde cómo dotar de instrumentos de identificación a los habitantes del pueblo, la mayoría de los cuales carece de éstos porque "a raíz de las últimas elecciones la Policía decomisó y destruyó las cédulas electorales del partido de oposición" (p. 67-68). Igualmente le aconseja cómo legalizar una tramposa venta de terrenos: "Es la cosa más sencilla del mundo: el municipio adjudica a los terrenos a los colonos y paga la correspondiente indemnización a quien demuestre poseerlas a justo título" (p. 111). Por último, cuando el alcalde extorsiona a César Montero, arrestado por matar a tiros al clarinetista Pastor, le dice: "entre los tribunales y los abogados te arrancarán por lo menos veinte mil pesos. O más, si el investigador especial se encarga de decirles que eres millonario" (p. 79). Luego agrega: "en vueltas y papeleos te clavarán dos años, si te va bien" (p. 79).

(10) García Márquez, Gabriel: "La soledad de América Latina", discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura, pronunciado ante la Academia Sueca de las Letras, el día 8 de Diciembre de 1982. Reproducido en García Márquez/ Vargas Llosa: "Diálogo sobre la novela latinoamericana", Editorial Perú Andino, Enero de 1988, Lima, Perú, (p.17).

(11) En "Los funerales de la Mamá Grande", como hemos anotado antes, se califica a los abogados de "probados alquimistas del derecho". Cf. García Márquez, Gabriel: *"Los funerales de la Mamá Grande"* op. cit., (p. 133).

(12) García Márquez, Gabriel: "La soledad de América Latina", op. cit., (p. 17).